

La crónica esperpéntica de España

MARIA GUERRERO: ESTRENO DE "LA HIJA DEL CAPITAN"

JOSE MONLEON

I Singular destino el de la obra teatral de don Ramón! Cuando Primo de Rivera gobernó el país, "La hija del capitán" fue retirada de quioscos y librerías. Cuando se proclamó la Segunda República Española, uno de los signos del acontecimiento fue el estreno de la "Farsa y licencia de la Reina Castiza", hasta entonces prohibida. El "súmmum" de la intransigencia fascista coincidió con los disparatados insultos dispensados a una representación de "Los cuernos de don Friolera" —que hubo de llamarse sólo "Don Friolera"— en la sesión única de un Festival de Teatro Universitario. En la edad dorada de la Administración franquista, cuando nada se movía, "Divinas palabras" fue materialmente desalojada del Español, teatro nacional, y sustituida por una comedia de los hermanos Álvarez Quintero. La más clara expresión teatral de la "apertura" del viejo régimen fue, en 1971, el estreno de "Lucas de bohemia", autorizada hasta entonces con brutales cortes de censura. El final del franquismo queda perfectamente expresado con el estreno de "Los cuernos de don Friolera"; y, ahora, el de "La hija del capitán" nos permite preguntarnos si realmente ha comenzado una nueva época, si la "ruptura pactada" es un hecho claro y definitivo...

Cabe pensar, a la vista de otros hechos que aún acatcen en el país —y pienso concretamente en la intervención de la jurisdicción militar en el caso de Albert Boadella y de varios actores de Els Joglars—, si la representación de "La hija del capitán" no responderá más a la "imposibilidad" de prohibir, en el actual contexto, una obra de Valle, que a la aceptación cabal y decidida de su presencia. Consignemos, en todo caso, que la actual Administración no sólo ha "tolerado" el estreno, sino que lo ha subvencionado.

Es difícil, pues, contestar a esa cuestión. De lo que sí estoy seguro es de que más de un espectador —tal como ocurrió la noche del estreno— se quedará perplejo ante las escenas fina-

les. Y, supongo, que otros se indignarán, afirmando, después de aprobar durante años la existencia de una dura censura previa, que en el éxito del María Guerrero cuentan una serie de razones ideológicas. Lo que, por supuesto, es absolutamente cierto. Si, como hemos visto, el teatro de Valle ha hecho acto de presencia —aparte de otras ocasiones en que su montaje resultó más irrelevante— en una serie de momentos críticos de la Historia de España es porque, en efecto, contiene una determinada interpretación de la misma. En el caso de "La hija del capitán", centrada en el papel de una serie de instituciones conservadoras, cuyo anacronismo, fuerte carga retórica y deshumanizada gestualidad es, precisamente, la razón de la óptica esperpéntica.

A estas alturas importa poco el crimen real del capitán Sánchez, así como la identidad de los personajes que sirvieron a Valle de modelo. "La hija del capitán" sigue en pie no sólo como una imagen esperpéntica de la época, sino como una interpretación generalizada de la moderna Historia de España.

La deformación sistemática propia del esperpento, la contemplación de esa historia en los imaginarios espejos cóncavos y convexos, no diluye en ningún momento el carácter real de la materia ofrecida, que, a través de la poética valleinclanesca, acaso sólo hace más patente su habitualmente enmascarada crueldad y su absurdo.

La estructura de la obra, como es habitual en Valle, rechaza cualquier servidumbre a las unidades. Las acciones son varias, dispersas y discontinuas, aparte de discurrir en los más distintos lugares. Los personajes aparecen y desaparecen según le acomoda al autor, que no tiene el menor interés en darnos sus antecedentes o en profundizar en sus psicologías. Más aún: en los momentos en que "La hija del capitán" se ciñe a la anécdota del "crimen", al amor de Sini y el "golfañte del organillo", o a cualquier otra de las pequeñas historias que cruzan por la obra, la representación —con independencia del lenguaje siempre sorprendente de don Ramón— adquiere un tono tal vez demasiado ligero, más abierta a la gra-

cia del chiste, a la "ocurrencia", que a una revelación sustanciosa. Es, por el contrario, referida a la Historia —con mayúscula— donde "La hija del capitán" alcanza su grandeza de cronicón tragicómico de una sociedad, de galería de fantoches, en la que todas nuestras instituciones —eso que se llamó "la reserva espiritual de Occidente"— adquieren dimensiones insensatas, siempre bajo la enajenada cobertura de las grandes frases, de los gestos redentores, del insoportable mesianismo de quienes se proclaman nuestros salvadores y, muchas veces, sólo son pícaros disfrazados.

"La hija del capitán" es una especie de "ventana abierta" a la Historia de España; el que mira y nos cuenta lo que ve es Valle-Inclán, agrio y despiadado, dispuesto a descubrir, bajo el anecdótico abigarrado, bajo las gracias populares y los brillantes uniformes, en los cafés anónimos y en el Círculo de Bellas Artes, en los libelos y en el "Blanco y Negro", algo así como la quintaesencia de la miseria nacional, el conjunto de cuentos —como decía el famoso poema de León Felipe— con que se adormece a toda una comunidad. El que la obra haya sido irrepresentable durante tantos años es la prueba de que las instituciones satirizadas se reconocían —si no hay reconocimiento no hay ofensa; la burla se diluye cuando la realidad aleja las imágenes propuestas por el autor— en el esperpento de Valle; el que pueda representarse es hoy un modo de contribuir a que las instituciones satirizadas se parezcan cada vez menos a la representación que de ellas nos da el dramaturgo, única forma en verdad de acabar con la vigencia crítica de tales obras...



Los militares posan en grupo para el fotógrafo y la Historia de España en una escena de "La hija del capitán".

Forma parte también del programa una obra más breve, quizá una de las más acabadas de Valle, "Las galas del difunto". Representada en alguna ocasión por nuestros grupos universitarios e independientes, éste ha sido, me parece, el montaje más ambicioso a que ha sido sometida. Aquí sí hay una acción dramática de cierta nitidez, una historia y unos personajes delineados por ella. Aunque, nuevamente, el genio de Valle consiga trascender sus límites para inscribir tal anécdota en un marco histórico general: el de los soldados que volvían de Cuba y Filipinas. El pensamiento noventayochista, la confrontación con una España áspera y melodramática, nada parecida a la que organizaba patrióticas corridas de toros —sobre arenas rojigualdas— y cantaba las hazañas de nuestros héroes de ultramar, está en "Las galas del difunto". De hecho la obra es una visión popular de nuestras últimas grandes guerras coloniales, del Ejército de la época y, a la vez, de la actitud de las clases acomodadas —esas que quizá lloraban en los desfiles o aplaudían las canciones que hablaban de heroicos soldaditos— frente a los que regresaban vencidos y desherrapados. El contraste entre la retórica de la guerra colonial y la humanidad de los soldados que volvían a España recuerda, inevitablemente, otras oposiciones significativas en la historia de nuestra literatura, en la que, por ejemplo, tuvimos, a la vez, los poetas y dramaturgos cantores del absolutismo y la novela picaresca.

"Las galas del difunto" es el rabioso rechazo de un orden de valores que mandaba a los pobres a las guerras coloniales y condenaba a las "hijas rebeldes" a los prostíbulos. La oposición es obvia: "La Daifa" y Juanito Ventolera son las víctimas del orden. Sólo que, a su manera, vulneran el castigo. Al boticario, tan avaro en vida, Ventolera le roba el terno apenas difunto. Hay una carajada de principio a fin, una desesperación valleinclanesca —"el que no se pone fuera de la ley es un cabra"—, que acaba en decir que el soldadito raso y la prostituta son mejores que los representantes del orden establecido.

Por ser obra ya estrenada y casi un "clásico" de nuestra literatura, no comento "Las galas del difunto" con mayor amplitud. Pero que ningún lector poco avisado tome la brevedad de este análisis como la calificación de "obra menor" a la que me parece una de las mejores y más crueles de don Ramón.

Manuel Collado, conocido productor, que ya dirigió



La hija del capitán (María José Goyanes) y el "golfante del organillo" (Manuel Gallana), con el que escapará tras el asesinato.

"Equus", ha sido el responsable máximo de este montaje, ayudado por Manuel Ángel Egea, actor del TEI durante varios años, incorporado luego a la citada obra de Shaffer. El trabajo, en términos generales, es, sin duda, responsable, tanto en lo que se refiere a la concepción de ambos montajes como a la dirección de los actores. Para las dos obras ha contado Collado con una aportación realmente extraordinaria, la del CTC (Centro Telecinematográfico Cultural), de Milán, responsable de la escenografía. Definidos por Valle ambos textos como folletines, los telones han tendido a una especie de fotografía pintada, de "falso naturalismo", que correspondía a la intención del autor. Cada escena tenía algo de foto trucada de los años veinte. Una forma de "naturalismo irónico" —con la doble lectura consiguiente—, paralelo a la poética de Valle, folletín y reflexión crítica a un tiempo, sainete y estilización, historia próxima y distanciada. Al mismo espíritu se sometan figurines y maquillaje, quizá acusando un poco en demasía cierta pretensión caricaturesca.

Tal vez en este último punto esté la reserva que puede hacerse al ingente trabajo: los actores "saben" que hacen folletín, en lugar de ser nosotros, los

espectadores, quienes, a través del conjunto de elementos, lo descubramos. Cuando la escenografía y los figurines creaban ya el clima del folletín, enmarcando la convención poética de Valle —su manera de estilizar la acción y los personajes, reducidos en muchos casos a una sola pincelada—, la actuación se esforzaba en conseguir lo que ya estaba dado. Supongo que en el centro de una escenografía inexpressiva —es decir, en toda la primera fase de los ensayos— o inexistente, el director sentiría a menudo la necesidad de alcanzar una determinada concepción de las obras contando sólo con los actores. La práctica teatral española enseña, además, que la escenografía es un elemento "brillante", pero "superpuesto", que suele afectar muy poco a la composición que director y actor se han

hecho del personaje. No es este el caso que nos ocupa. Los telones tienen en sí mismos una fuerza tal que resulta fácil, si el actor no la tiene en cuenta, dar una impresión de sobreactuación, de trabajo despegado del ámbito escénico.

Supongo que esta será también la causa —en contraste con la magia de la mayor parte de los telones— de que el conjunto de la interpretación tienda a subrayar la dimensión cómica de las obras, en perjuicio de su humor y de su crueldad. Ciertamente, el teatro de Valle —y concretamente, estas dos obras— tiene muchos elementos del género chico y yo creo que Manuel Collado ha hecho muy bien acercándose a él sin apriorismos trascendentalizadores. Valle es "divertido" y el montaje ha querido que los espectadores nos divirtiéramos. Pero Valle es también cruel y terrible, y quizá esto —por cuanto hay de ingenuo en toda parodia directa— sólo se ve realmente en la parte final de "La hija del capitán", en la que el genio amargo de Valle y la brillante acumulación de símbolos sobre el escenario es más fuerte que la inoportuna necesidad de algún actor o actriz de explicarnos que no se cree lo que dice en la estación, cuando se pone en marcha el pronunciamiento militar. (Si pensarán por un momento en todo lo que España debe a los ridiculizados personajes, tal vez sería otro el modo de hacer esa escena)

La compañía se anuncia como de María José Goyanes. Ella es "la Daifa" de "Las galas del difunto" y la Siní de "La hija del capitán". No creo, sin embargo, que sean espectáculos que inviten a considerar los trabajos individualmente. El reparto está lleno de figuras conocidas. Y es evidente que el productor, Manuel Collado, no se ha regateado nada a sí mismo como director. El programa Valle-Inclán constituye, en definitiva, un respiro en esta temporada teatral madrileña, tan desdichada por lo general. Sin que las consideraciones apuntadas alcancen a poner en cuestión el interés teatral de la propuesta y la oportunidad del estreno. ■

En el próximo número:

Del esperpento a la realidad

"LA HIJA DEL CAPITAN"

Y EL FAMOSO

CRIMEN DEL CAPITAN SANCHEZ

por Eduardo de Guzmán.